

NOCHEBUENA.

Había una parroquia en un pueblecito pequeño, muy oscura, y su fachada, ni siquiera tenía alguna talla que pudiese adornarla. Era una parroquia pobre, humilde. Su Párroco, un ancianito encorvado, con las manos deformadas por la edad, y los ojos vidriosos, aunque siempre alegres, cuando llegaba la Navidad, adornaba la morera que había en la acera. Le ponía esferas, angelitos, tambores, y todo lo que iba recogiendo de las Navidades pasadas de los vecinos. ¡Y cómo no!, una ristra de luces de colores que alumbraba toda la calle.

Entonces, la parroquia iluminada hasta se veía bonita. Unas horas antes de dar las doce, el día de Noche Buena, se reunía todo el barrio alrededor de la morera. Cada uno de ellos, expresaba al cura los acontecimientos que habían vivido ese año, pedían deseos, alguna imperiosa necesidad, otros alimentos, pues la carencia hacía estragos en su salud.

Todo era tristeza y desesperación... El cura, les escuchaba con mucha atención, y al mismo tiempo, dirigía su mirada al cielo, como implorando, la ayuda, aunque su corazón sufría al oír tanto dolor.

A los pocos días, cada uno de ellos, veía como se hacían realidad sus peticiones. Era como si escucharan al cura allá arriba. Llegó el siguiente, año, y el párroco falleció. Al llegar la Navidad, decidieron los vecinos adornar el árbol tal y como él lo hacía cada año, pero solo podían unir sus sentimientos y recordar con gran cariño, a aquel que tanto bien les hizo mirando al cielo.

¡¡ Pronto llegó la respuesta!! Y así, año tras año, el 24 de diciembre, no faltaba a su cita, la magia de la Navidad.

CUENTO APORTADO POR ANA R.C. ALUMNA DEL TALLER DE ESCRITURA CREATIVA.

